

La Unión Soviética: los relámpagos de agosto

Américo Saldívar V.

Resumen

En este ensayo se analizan las causas del golpe, así como los eventos y consecuencias fundamentales que se desataron a raíz del mismo. Después de hacer una breve presentación de los acontecimientos y de las reacciones al fallido golpe de Estado, el autor se detiene analizando las consecuencias que todo ello ha tenido para la misma Unión Soviética y también para occidente. Es un intento serio para ir más allá de las apariencias del fallido golpe de Estado y del futuro de la Unión Soviética.

1. Moscú ya no cree en estatuas

Al virtual asalto al edificio del *KGB* (Comité para la Seguridad Estatal) y del Comité Central del Partido Comunista, situados uno enfrente del otro, en el corazón mismo de Moscú, le siguió la demolición de las majestuosas estatuas de Dzershinski, Sverlov, Kalinin... Todo ello ocurría apenas veinticuatro horas después de fracasado el golpe de Estado del 19 de agosto.

La primera en caer fue la gran estatua del temido Félix Dzershinski, el mítico fundador, junto con Lenin, de la *Cheka* (Comisión Especial), para combatir los crímenes contra el Estado. De escudo para defender a la joven revolución socialista, al paso del tiempo, con Stalin, se convirtió en la temible, despiadada e impune policía política secreta, hoy conocida por las siglas del *KGB*. Esta organización, de escudo y espada contra los saboteadores del nuevo poder, pasó a ser una pesadilla, un

Estado dentro del Estado, que durante siete décadas martilló a los pueblos soviéticos. Enseguida fueron derribados Sverlov y Kalinin, presidentes de la Unión Soviética en tiempos de Lenin y Stalin, respectivamente. Sverlov fue quien dio la orden para fusilar a la familia zarista. La granítica estatua de Marx, frente al teatro *Bolshoi*, fue pintarrajada. El mausoleo con la momia de Lenin, fundador del Estado soviético, será removido y sus restos sepultados en Simbirsk, su ciudad natal.

Es como si repentinamente se quisiera borrar todo vestigio del pasado. De aquel pasado que cubría de gloria, de temores y de infortunios a esta gran potencia en lo que va del siglo veinte. La caída en serie de los monumentos erigidos por el comunismo oficial en Moscú y en otras grandes repúblicas de la Unión Soviética constituye una sorprendente manifestación de protesta por parte

de la sociedad civil contra el poder entronizado durante más de siete décadas.

¿Cómo empezó esta demencial fiebre por derribar toda la simbología sagrada para el comunismo soviético e internacional y que apenas una semana antes era inconcebible que ocurriera? Todo esto, que puede ser considerado sin duda como la segunda revolución protagonizada por el pueblo ruso después de 1917, empezó con la derrota del fallido golpe de Estado del 19 de agosto. Se desató así una verdadera revolución liberal, donde se exacerbaron los radicalismos de todo signo y afloraron a la superficie los temores de un camino sin fin: la *perestroika*. En este ensayo trataremos de analizar las causas del golpe, así como los eventos y consecuencias fundamentales que se desataron a raíz del mismo.

El soviétólogo Robert T. Tucker desarrolla la teoría de la Rusia dual del siglo XIX. Dice que la realidad política rusa estaría caracterizada históricamente por la tensión entre una masa popular sometida, fuertemente comunitaria, pero desinteresada de la política. Del otro lado estaba la Rusia oficial, con su casta burocrático-estatal, desligada de los intereses de sus administrados y consciente ante todo de sus privilegios. El término *gosudarstvo* (Estado) designa a esta burocracia, así como sus connotaciones de prepotencia, egoísmo, ineficacia... En Lenin es clara la oposición al *gosudarstvo* y ello explica su antiestatalismo, así como las amargas lamentaciones al confirmar su reaparición en el poder postrevolucionario: "nos hemos convertido en una utopía burocrática", comentó. El stalinismo fue la consagración de esa forma de poder que hasta la *perestroika* nunca estuvo en peligro¹. La palabra *gosudar* en ruso significa "señoría", muy cercano a "excelencia", pues expresa subordinación y humildad frente al poderoso. La revolución rusa estableció nuevos contenidos y correlatos de sumisión y obediencia, esta vez ya no al *gosudar*, sino al Partido y al Estado.

2. Los tres días que conmovieron al mundo

La sorpresiva y fulminante destitución del líder de la *perestroika* implicaba un fuerte golpe a la misma y una involución política de pronóstico reservado. Técnicamente, el cese de las funciones de

Gorbachov al frente del Estado y del Partido, se puede considerar un golpe de Estado. Este fue encabezado por los jefes de las fuerzas armadas, del KGB, el Ministerio del Interior y parte del Partido Comunista de la Unión Soviética. Guenadi Yanáyev, el vicepresidente de la Unión Soviética, era sólo la cabeza visible de la conspiración. De alguna manera, este complot ya había sido anunciado y denunciado por E. Chevernadze a principios de año y apenas dos días antes por Alexander Yákovlev, prominente asesor de la política de reformas y ex miembro del Partido. Si bien es cierto que de acuerdo a los cánones del verticalismo y la disciplina, la destitución del jefe máximo podía haber esperado hasta el XXIX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética a celebrarse este mes de noviembre. Más impacientes, la *nomeklatura* y la cúpula de las fuerzas de seguridad no pudieron esperar. El único antecedente similar fue la destitución ignominiosa de Nikita Jrushov a manos de la troika Bréjnev-Súslov-Kosyguin, en 1964.

El llamamiento de Yeltsin a la desobediencia civil lo colocaba como uno de los pocos líderes capaces de recuperar el proceso de reforma y transformación de un sistema obsoleto y autoritario. "O triunfamos o moriremos", fue su grito de batalla encaramado sobre un blindado del ejército rojo que se había pasado al lado de los defensores del edificio del parlamento ruso. Este fue el bastión de la resistencia de las largas, dramáticas y agotadoras jornadas que amenazaron con dar marcha atrás al más bello experimento postrevolucionario de la Unión Soviética.

3. La crisis paso a paso

Día 18 de agosto, 17:00 horas. Un "cese" anunciado. Gorbachov es depuesto y confinado en su *dacha* de Forós, Crimea, en la tarde del domingo 18 de agosto, después de rechazar la "invitación-últimátum" para que formara parte del denominado Comité Estatal de Emergencia.

Día 19 de agosto. En la madrugada del 19 de agosto, los golpistas toman el Kremlin. Se anuncia la proclama del denominado Comité Estatal de Emergencia, cuya principal bandera era la conservación de "la unidad de la patria" y el restableci-

miento del orden y la tranquilidad². Se aduce que Gorbachov está muy enfermo en su *dacha* e imposibilitado para cumplir sus funciones.

Decenas de miles de moscovitas se manifiestan frente a la sede del gobierno ruso, respaldando la llamada a la resistencia de Boris Yeltsin. La población levanta barricadas en Moscú y Leningrado.

Día 20 de agosto. Los ministros de relaciones exteriores de la comunidad europea, reunidos en La Haya, exigen la restitución inmediata de Gorbachov y deciden suspender toda la ayuda económica y técnica a la Unión Soviética.

El pleno del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, previsto para el martes 20 de agosto, cuando debía de destituir a Gorbachov de su cargo de secretario general, no se reúne "por enfermedad" de su vicesecretario general, Vladimir Ivashko, según *Interfax*.

Bush rechaza toda posibilidad de que Estados Unidos pudiera comprometerse en una acción militar como consecuencia del golpe. Se convoca a los ministros del Pacto del Atlántico a una reunión urgente en Bruselas.

Día 21 de agosto. No se excluye la formación de un gobierno de la federación rusa en el exilio.

El Primer ministro Valentín Pávlov, miembro del Comité de Emergencia, es reemplazado en su cargo por "razones de salud". *Interfax* informa que otros dos miembros de la junta, el jefe del KGB, Vladimir Kriutshkov, y el ministro de Defensa, el mariscal Yázov, han dimitido de sus funciones en la misma. Tal versión nunca se confirma.

La resistencia popular moscovita levanta barricadas. Poco después de la medianoche, se instaura el toque de queda que nadie respeta. Se inicia el asalto blindado de las fuerzas golpistas contra el parlamento ruso. Se habla de al menos tres vícti-



mas mortales y varios heridos. Corren rumores de que tropas aéreo transportadas de Tula refuerzan a los golpistas.

Por la mañana del miércoles 21 de agosto, las unidades se retiran a sus cuarteles. Se habla de que el Comité de Emergencia quiere llegar a un acuerdo negociado con Gorbachov y Yeltsin. La censura de prensa es desobedecida.

Día 22 de agosto. El parlamento soviético repone oficialmente a Mijail Gorbachov como presidente y jefe de Estado de la Unión Soviética. Se ordena el arresto de los ocho dirigentes golpistas. El Ministro del Interior, Borís Pugo, se suicida antes de su arresto.

El presidente Gorbachov vuela a últimas horas de Crimea a Moscú a donde arriba a las 2:00 horas del jueves. Así termina el golpe encabezado por Yanáyev, el vicepresidente de la Unión Soviética.

Día 23 agosto. Borís Yeltsin decreta el cierre y prohibición (¿suspensión?) de las actividades del Partido Comunista de la Federación Rusa y del periódico *Pravda*.

Día 24 agosto. Mijail Gorbachov renuncia a la secretaría general del Partido Comunista de la Unión Soviética y acusa a su dirección por no oponerse al golpe. Propone la autodisolución de su Comité Central e insta a la creación de un nuevo partido.

Día 25 de agosto. Se suceden en cascada los pronunciamientos independentistas de la mayoría de las repúblicas soviéticas.

4. Las razones del golpe

¿Quiénes estaban detrás del golpe de Estado? ¿Eran solo aquellos que, abierta o soterradamente, se oponían a la *perestroika* y a la política de reformas y modernización de la Unión Soviética? Sin duda; pero también estaban los partidarios de las reformas moderadas y escalonadas. Pero los que van a apoyar de una manera decidida y abierta el golpe van a ser, en primer lugar, todos los que, de una u otra forma eran afectados por la *perestroika* y por la *glasnot*. De ellos destacamos tres grupos, a saber: un primer grupo es el encabezado por los *apparatchiks* del Partido, los altos funcionarios de la administración pública y los directores de las empresas estatales. El segundo grupo lo integrarían los ideólogos defensores del marxismo-leninismo, los ultranacionalistas y partidarios de la conservación de la Unión Soviética como gran potencia. Un tercer sector serían los representantes de una enorme masa de especuladores de la llamada economía subterránea y del mercado negro; es decir, todos aquellos que crecieron y se enriquecieron gracias a la economía de la escasez y a las graves deficiencias del aparato de distribución.

Las proclamas de los golpistas siempre son muy similares en todas partes y en todos los tiempos. Ahora bien, entre las principales causas de este golpe conservador en la Unión Soviética y del

muy probable freno al proceso, podríamos mencionar las siguientes (su orden no implica jerarquía): (a) el todavía insuficiente respaldo popular a las reformas iniciadas desde arriba; (b) las confusiones y divergencias en el seno de la sociedad civil, del Partido y de los propios seguidores de la *perestroika*; (c) el pésimo desempeño de la economía y el fuerte deterioro en todos los sectores, particularmente en el de distribución y en el nivel de vida; (d) la inminente escisión de la Unión de Repúblicas Soviéticas. Recordemos que el golpe se inicia justo un día antes de la ratificación del Tratado de la Unión, entre Gorbachov y nueve repúblicas confederadas. Finalmente, el proyecto de eliminar el "marxismo y el comunismo" del programa del Partido Comunista de la Unión Soviética. Seguramente estos dos momentos constituirán el detonador *definitivo* para la realización del golpe.

De haber prosperado el complot anticonstitucional en la Unión Soviética, sin duda hubieran sido enormes las consecuencias políticas, económicas y militares para el resto del mundo. Los países miembros de la Comunidad Económica Europea, al igual que muchos otros países occidentales, detuvieron de inmediato los créditos y la ayuda ya aprobada y negociada con Gorbachov.

Sesenta horas después del golpe, Gorbachov fue restituido en su cargo. Al arribar al aeropuerto de Moscú, Gorbachov hace sus primeras declaraciones. Dieciocho horas después, el presidente se presentaba en conferencia de prensa para dar su versión sobre el inicio y el fin del golpe de Estado, después de su aislamiento y secuestro en la *dacha* de Crimea por más de setenta y dos horas, rodeado por las tropas rebeldes, pero protegido al mismo tiempo por los miembros de su guardia personal.

La oposición frontal del pueblo soviético a la intentona, oposición encabezada por el presidente de la república rusa, lo mismo que el rechazo por Gorbachov a todos los ultimátums de la junta, el aislamiento y la repulsa internacional, entre otros factores, hicieron que la intentona golpista fracasara.

Yeltsin, como presidente de la federación rusa,

junto con otros líderes como Sheverdnadze, Yákovlev y los alcaldes de Moscú y Leningrado, encabezaron la resistencia y la defensa de la legitimidad política del proceso de reformas. Fue una defensa popular espontánea, donde los diputados de la federación junto a algunos oficiales del ejército se enfrentaron casi desarmados a las tropas y los tanques. En un brevísimo lapso se emitieron decretos e instrucciones para frenar los propios decretos emanados de la junta. Al final se supo que durante estos tres días existió un virtual vacío de poder: en el Kremlin no mandaba nadie.

Gorbachov se opone decididamente al desencadenamiento de una cacería de brujas y al ajuste de cuentas contra los conservadores, como de alguna manera lo pedían Yeltsin y otros nacionalistas y anticomunistas partidarios de él. Al calor de los dos primeros días después del fracaso golpista, entre otras cosas se pide un ejército propio para Rusia, la nacionalización y el traspaso de las empresas de la Unión que estuviesen en su territorio, nuevas leyes, autonomía económica y virtual separación del resto de la Unión Soviética.

Como ya señalamos, la intencionalidad golpista desencadena una verdadera revolución liberal, cuyos matices eran multifacéticos y contradictorios a la vez. Los grupos y fuerzas políticas que participaron y le hicieron frente al golpe cubrían un amplio espectro social, desde los monárquicos restauradores, nacionalistas y anarquistas, hasta los demócratas y comunistas libertarios. Una cosa los unificaba: cambiar el sistema. Ello debería hacerse de la manera más rápida posible sin importar a qué costo. El proceso iniciado en 1985 entraba en una nueva fase decisiva, cualitativamente distinta.

Los acontecimientos se sucedían a una velocidad vertiginosa, se emitieron decretos, se firmaron nuevos tratados y leyes. Se autodisolvió el Sóviet Supremo y se le quitan a Gorbachov sus poderes extraordinarios; los que por cierto nunca llegó a utilizar. Sobre todo se desatan los nacionalismos de una manera contundente: todas las repúblicas, con excepción de tres, reclaman su independencia de la Unión y se preparan a firmar el Tratado de la

Unión de acuerdo a las nuevas circunstancias, pero ya con mayor fuerza. Gorbachov amenaza dimitir si no se firma el Nuevo Tratado. Como efecto de *boomerang*, el desmembramiento de la Unión Soviética obedecía al vacío de poder y de autoridad central, así como el temor que despertaba la potenciación de una república rusa renovada y fortalecida en extremo.

En el edificio del parlamento ruso, llamado "La casa balanca" por su color característico, ondea una nueva bandera tricolor (blanco, azul y rojo); la misma que usara el gobierno provisional de Kerensky, en febrero de 1917. Los jerarcas de la Iglesia ortodoxa se apersonan en plazas y edificios públicos para acompañar a los manifestantes. Se instituye la Orden de San Jorge (de tradición rusa) y se impone a los principales defensores del parlamento.

En esta nueva oleada reformista y nacionalista se barre el centro político; se debilita, deslegitima y casi se prohíbe el Partido Comunista de la Unión Soviética por no haberse opuesto al golpe. Se pide juicio político contra los implicados y la reorganización de todos los órganos de seguridad, así como la renovación del Sóviet Supremo y del Consejo de Seguridad. Se desencadena una serie de medidas radicales ya imposibles de detener. Para muchos era inminente el fin del imperio; para otros, como Gorbachov, era necesario su conservación, ahora sobre nuevas bases cualitativamente distintas. Con el golpe la Unión salía seriamente deteriorada.

5. Los Errores cometidos por el Comité de Emergencia

Este golpe y su desenlace demostraron de manera fehaciente que quien tiene en sus manos los medios de información masiva tiene el poder. El Comité no pudo controlar todos los medios de comunicación de masas. El correo electrónico, faxes y telefaxes iban y venían casi sin cortapisas. Las cadenas de radio y televisión extranjeras y muchas de la propia Unión Soviética nunca dejaron de transmitir al exterior. La radio interior clandestina

"Nos hemos convertido en una utopía burocrática".

y de prácticamente todas las repúblicas estuvo haciendo proclamas para resistir el golpe y restaurar la legitimidad de Gorbachov. Los llamados a la desobediencia civil y a la huelga para enfrentar a los golpistas contaron con muchos seguidores y simpatizantes. Este fue el primer gran *error* del Comité: no haber tomado control sobre los medios masivos de comunicación y propaganda.

El segundo gran *error* fue el no haberse decidido emplear al ejército a fondo. La elemental doctrina militar sugiere que si se despliegan los blindados en las calles es para ser utilizados. Eso no ocurrió, por diferentes razones. Primero por la resistencia civil, segundo por la falta de unanimidad al interior de los *puchistas* y de las propias fuerzas armadas por el temor de desencadenar un baño de sangre y una guerra civil, particularmente en Moscú y Leningrado. Los jefes de las fuerzas especiales de despliegue rápido —la *OMOM* y el grupo Alfa— a la orden del *KGB*, revelaron a un grupo de diputados que fueron a parlamentar, que la resistencia podía haber sido liquidada en treinta minutos, de habérselo propuesto y de tener órdenes para ello. A pesar de eso, es innegable el heroísmo del pueblo soviético y la decena de víctimas, entre muertos y heridos, lo atestiguan.

El tercer *error* de los golpistas fue el no haber arrestado desde el primer momento a los principales líderes de la Unión y de las repúblicas confederadas, principalmente al propio Gorbachov y a Yeltsin. Contaban con que podían convencer a ambos de la necesidad de establecer una situación de emergencia y declarar medidas extraordinarias para “salvar al país del caos, el desorden y de su desintegración” como potencia. En suma, la desviación entre resultados y objetivos perseguidos se debió a la errónea percepción que tenían los artífices del golpe de la nueva realidad y situación creadas en la sociedad soviética a raíz de los sorprendentes cambios operados gracias a la *perestroika*.

De hecho, como lo señaló Anatoli Lukiánov, presidente del Sóviet Supremo y que fue uno de sus protagonistas “a la sombra”, el golpe no era serio. Pero por qué, se le preguntó, ¿es qué los golpistas eran tan ingenuos? “No era un complot

serio. Se comportaron como aficionados. Los miembros del Comité me repetían que iban a proclamar el estado de emergencia y que Gorbachov regresaría y podría recoger los frutos del restablecimiento del orden”³.

Como declaró Gorbachov en conferencia de prensa después de su liberación, “estos acontecimientos que nunca debieron haber ocurrido, sin duda son la prueba más dura de todos los años después de 1985 (...) Hemos tropezado, sin exageración, con un golpe anticonstitucional provocado por las fuerzas reaccionarias. Por la gente en la que creí y he promovido. Fue un golpe contra el presidente, contra el pueblo y la democracia”. El 18 de agosto, a las 17 horas, le comunicaron que había llegado un grupo de personas que querían entrevistarle. La guardia los dejó pasar porque iba el jefe del aparato de seguridad a la cabeza. Al tratar de averiguar el motivo de la misión, descubre que ninguno de los teléfonos funcionaba. A partir de ese momento comprendió la trampa. Resolvió no pactar con ellos, avisar a la familia sobre lo ocurrido, y que defendería hasta el final sus posiciones políticas.

Los miembros de la misión, enviados por el Comité de Emergencia, le pidieron que emitiera el decreto o que entregara los plenos poderes. “Había que salvar al país, que va a la catástrofe, que la situación es inaguantable... les contesté que todo eso yo lo sabía y conocía perfectamente, pero que no era la forma de resolverlo. Que a la larga el pueblo no los apoyaría y llevarían al país a una tragedia”.

Veinte horas después que se disuelve el Comité de Emergencia, en un ¡sálvese quien pueda!, los diputados de toda Rusia se reunieron en sesión plenaria para adoptar una declaración y varias resoluciones. Entre otros acuerdos estaba que el parlamento nombrase a un ministro de defensa para la república rusa; pedir la autonomía de las fuerzas armadas y la independencia de la federación; que la tradicional bandera tricolor rusa ondeara a partir de ese día sobre el edificio del parlamento; condecorar con la Cruz de San Jorge a los que se destacaron en la resistencia. Otro de los *Ukases* fue la nacionalización y expropiación de todas las em-

presas que se encuentran en territorio ruso.

Minutos después se realizó una gran manifestación de más de 200 mil moscovitas frente a la "Casa blanca" (parlamento), donde se desarrolló un gran acto nacionalista.

6. Lecciones de la crisis

Después de la intentona fallida, cual "caja de Pandora", se desataron acontecimientos en cascada. Nacionalismos republicanos, disolución del Sóviet de las Nacionalidades; renunciaciones y suicidios, persecución contra comunistas y miembros del ejército; derribo de estatuas de líderes históricos de la revolución bolchevique, quema de banderas de la Unión Soviética con la hoz y el martillo; convocatoria a nuevas elecciones generales anticipadas, etc. Todo esto se hacía en nombre de la aceleración de las reformas económicas y políticas que requería con urgencia el país.

La tarea del presidente de la Unión Soviética, después de reconocer la dura crisis por la que atra-

viesa el sistema con una economía ya al borde del colapso, era reagrupar a las fuerzas de la reforma y concentrar el poder para evitar el desgajamiento de la Unión. De ocurrir esto último, según él, sería catastrófico. Acepta la realización de grandes cambios en el gobierno, pues prácticamente todos estaban activa o pasivamente implicados en el golpe. Renuncia a la secretaría general del Partido y convoca a la disolución de su Comité Central.

La vergonzante y fulminante congelación de las actividades del Partido Comunista de la Unión Soviética confirmaba lo frágil y endeble que eran sus estructuras organizativas, así como su cohesión partidista e ideológica, una vez suprimido el soporte estatal. Inclusive su Comité Central era incapaz de reunirse en Moscú, pues "no encontraba local dónde hacerlo". El desgajamiento de esta otrora monolítica e invencible organización, aceleró la crisis de los partidos comunistas occidentales. En Europa, la mayoría de sus militantes comenzó a pedir su desaparición como Partido Comunista y su transformación.



La renuncia de Gorbachov a la secretaría del Partido no hacía más que aclarar el camino fundacional para uno nuevo, de tipo socialdemócrata que ya había anunciado en el último pleno del Comité Central. De hecho, aprovechó la intentona para romper el bloqueo que le imponía la *nomenklatura* y deshacerse del pesado lastre del Partido. Era una movida magistral que podría atraer a los reformistas democráticos para formar la nueva agrupación. En su renuncia, aprovecha para convocar a "los comunistas ligados a la democracia, fieles a la legalidad constitucional, a una política de renovación de la sociedad (que) se comprometerán en la creación de un partido sobre una nueva base, capaz con todas las fuerzas progresistas de emprender de manera activa en el camino de las reformas democráticas auténticas en el interés del mundo del trabajo". Se trataba de un histórico y patético llamado al sentirse abandonado por el Partido que él dirigía y al que había entregado todas sus fuerzas.

Hasta ese momento todavía se creía posible la regulación interna de los conflictos entre dos generaciones y dos maneras distintas de ver las cosas. Se trató de diferir esos conflictos hasta la celebración del congreso a finales de este año. Eso no fue posible. El golpe echó por tierra todos los pronósticos y expectativas de moderación y de camino pacífico de las reformas y la transición. Ya antes, la conferencia del Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1988, había resultado ser un gran punto de inflexión, ya que cambió las coordenadas, dando prioridad a la reforma política sobre las reformas económicas. Y no es que las segundas no fueran importantes, sino que se entendió que no podían avanzar sin la modificación de la correlación de fuerzas y la mentalidad política prevalecientes. A partir de entonces pudieron entrar en escena los *disidentes* y cuestionar a los *elegidos* que eran los que siempre hablaban, opinaban y decidían; es decir, los funcionarios de la *nomenklatura*. Mas Gorbachov nunca pudo prescindir de estos últimos, que a la postre fueron los que lo traicionaron. Este fue un error que por poco le cuesta su futuro y el de la nueva Unión Soviética. Su segundo error fue nominar, para suplir de inmediato a los golpistas arrestados, a los vices y suplentes para que ocuparan los puestos de la es-

tructura del ejército y de la seguridad. A Yeltsin no le fué difícil echar abajo estos nombramientos, ni que fuesen reemplazados por hombres de su confianza.

Todavía existen muchos "partidarios" y simpatizantes de las razones y motivos esgrimidos por los golpistas para tomar el poder y reencauzar a la Unión Soviética por el camino de la disciplina, la conservación de la Unión y del orden. Aún hoy se debaten dos posiciones extremas en el seno del liderazgo político: la primera posición es la de conservar las actuales estructuras soviéticas durante un período de transición; la segunda es desmantelar sin dilación la Unión Soviética. En un principio pareció imponerse esta segunda opción. Más existe una tercera opción "intermedia" que es por la que apostó Gorbachov en el referéndum de marzo. Esta aboga por una Unión reformada y democrática de repúblicas soberanas y con bastante autonomía. Al final esta fue la que triunfó.

Con todo, había que tirar lastre y Gorbachov adopta, después del golpe, una posición más radical, abandonando la política de reformas graduales. Al menos así lo da a entender su afirmación de que la causa principal del ataque contra la democracia había sido "la indecisión y la inconsecuencia de la política de reformas", añadiendo que "a partir de ahora no permitiré ninguna indecisión o actitud expectante. No habrá compromisos con quienes es intolerable buscar el acuerdo".

Sin duda, habla de su nuevo rumbo su decisión de aprobar el decreto por el cual se prohíben las actividades del Partido Comunista de la Unión Soviética dentro de las fuerzas armadas, los aparatos de seguridad y demás organismos gubernamentales, aunque sí se permite "participar y hacer política pero fuera de esos cuerpos y de las horas de trabajo", así como también la disposición de confiscar los bienes del Partido. Se encarga a los sóviets de diputados populares la custodia y el uso de esos bienes.

Las propiedades del Partido son cuantiosas; oficialmente se valoraban en más de cinco mil millones de rublos (unos cuatro mil millones de dólares), amén de los depósitos en cuentas bancarias. El Partido Comunista de la Unión Soviética poseía

instituciones de educación superior, 114 imprentas, 406 periódicos con un tiraje de 107 millones de ejemplares; 286 revistas con una emisión conjunta de 126 millones de ejemplares; 500 millones de libros; edificios de todo tipo, hoteles, *dachas*, sanatorios, medios de transporte personal, flotillas de camiones, etc.

7. Hay de golpes a golpes...

La toma del poder violenta e ilegítima generalmente se considera como un golpe de Estado. En la Unión Soviética ha habido golpes de Estado prácticamente desde la propia revolución bolchevique. La toma de poder revolucionario contra el gobierno constitucional de Kerensky tiene esas características, pero también la de una sublevación popular. De otra parte, la toma del poder estatal y del aparato del Partido por parte de Stalin, a partir de la muerte de Lenin, en enero de 1924, representó un virtual golpe de Estado. Tal acción trajo como consecuencia una involución que duró treinta largos años. Se pisotearon los derechos humanos y se anuló la existencia de un Estado de derecho.

A su vez, la caída de Jrushov, en octubre de 1964, a través de un minigolpe de Estado, promovido por los *apparatchiks* del Partido Comunista de la Unión Soviética, puso a Brejnev en el poder durante dieciséis años. Ahora Guenady Yanáyev y sus siete seguidores, 27 años después, protagonizaron el golpe de Estado más corto y felizmente fracasado en la historia de la Unión Soviética. Fue el primero con esas características y esperamos que también el último, porque si la situación se estabiliza en el conjunto de la Unión Soviética, habría sido una vacuna, como dijo el presidente español F. González. Pero el golpe de Estado podría convertirse en un mero ensayo general si la situación política no se estabiliza a mediano plazo; es decir, la amenaza de un nuevo golpe estaría latente.

En este siglo ha habido otros golpes de Estado memorables, dados por individuos o grupos que se hacen del poder de manera ilegítima y cruenta. Tal es el caso de Franco, en 1936, contra la república española. El golpe contra Sukarno, en Indonesia, en 1962, encabezado por el general Suharto, es

uno de los más sangrientos y trágicos que la historia del siglo XX tenga memoria. Hubo más de un millón de muertos, más ello no fue óbice para que occidente lo apoyara y reconociera, pues se trataba de una contrarrevolución anticomunista.

Pero recordemos el golpe de Estado en Chile y la dictadura implantada para restaurar el liberalismo económico. Los últimos golpes de Estado, célebres y exitosos son el de Portugal, en 1974. La revolución de los claveles rojos, como se lo llamó, contra la dictadura constitucional de Caetano Salazar, ha sido uno de los golpes de Estado menos cruentos. El penúltimo fue el de Rumanía, en diciembre de 1989, contra la dictadura "legítima" de N. Ceausescu.

8. Otras razones del golpe

Las razones económicas. Se identifica a la *perestroika* con el caos económico imperante en la Unión Soviética. A ello habría que añadir la carencia de un poder central único y la inexistencia de reglas que sean respetadas por todos. Pero sin duda, la mezquindad de los principales países occidentales en otorgar ayuda a la Unión Soviética tiene mucho que ver con que se produjera el desenlace golpista. La falta de apoyo desde el exterior para sostener la desfayeciente economía fue una razón más para que se crearan condiciones favorables a la intentona. Se estima que 150 mil millones de dólares serían necesarios para los cinco primeros años de la reconversión económica (porque la cosa va para largo). La paradoja aquí es que para occidente, la inversión de 150 mil millones de dólares supone apenas menos de la cuarta parte de sus gastos militares anuales, la mayoría de los cuales se justificaba en términos de la "defensa y protección del mundo libre contra la amenaza comunista", misma que ha dejado de existir y que, en el fondo, nunca lo fue tal. Negocio redondo: ahorran en armamento y endeudan a su ex encarnizado rival.

Podríamos encontrar los antecedentes más inmediatos del golpe en la situación de virtual parálisis e indefensión económica de la Unión Soviética, en las propias fallas del sistema de planificación, en la obsolescencia del aparato productivo y en la brutal indisciplina laboral y la corrupción ad-

La mezquindad de los principales países occidentales en otorgar ayuda a la Unión Soviética tiene mucho que ver con que se produjera el desenlace golpista.

ministrativas... Sin duda otro de los argumentos en favor de los golpistas fueron los resultados del pleno del Comité Central, realizado apenas dos semanas antes.

Las razones políticas: el fin del marxismo-leninismo. En la reunión plenaria de finales del mes de julio, el Partido Comunista de la Unión Soviética había tácitamente aceptado su virtual autodisolución como agrupamiento comunista y la adopción de la ideología socialdemócrata, la cual, por cierto, constituía una de las dos vertientes que dieron origen al marxismo. En un congreso extraordinario, a finales de este año, se decidiría el cambio. El otro antecedente de "conversión" es la reunión, en 1959, en la localidad de Bad Godesberg, cuando el poderoso partido socialdemócrata alemán fundado por Lasalle dio un giro histórico al renunciar expresamente al marxismo. Hoy, de nueva cuenta, cien años después, se encuentran las dos vertientes tradicionales del socialismo científico: la vertiente de los núcleos duros del comunismo (los marxista-leninistas contemporáneos) y la de los socialdemócratas. Los primeros conciben la transformación y la justicia social a través de la lucha de clases, los segundos apuestan a la evolución y el tránsito progresivo de la sociedad.

Lo más probable es que los golpistas quisieron evitar que la metamorfosis y el conflicto que vivía el Partido Comunista de la Unión Soviética fuesen resueltos con la escisión-formación futura de dos nuevas agrupaciones distintas. Con ello, precisamente en el Kremlin, culminaba el proyecto de un sueño libertario que terminó como una pesadilla de alienación y autoritarismo, consecuencia lógica de la aplicación de un marxismo dogmático y reduccionista, pero sobre todo antidemocrático.

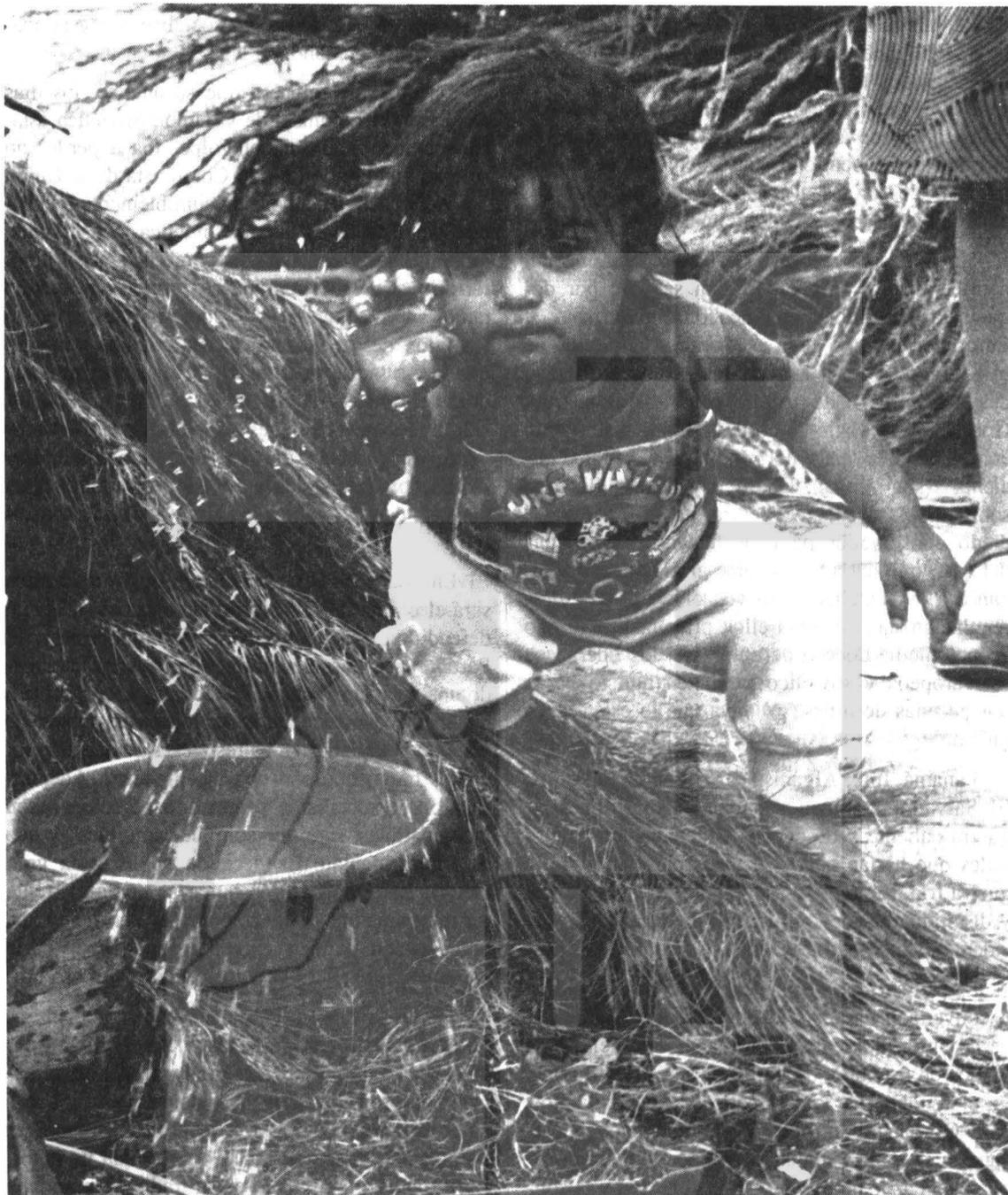
Este es el siguiente paso en el camino de la *perestroika* para acomodarse en el nuevo orden internacional, signado con los vientos del neconservadurismo y los conflictos regionales. En la reciente cumbre del "Grupo de los siete", en Londres, Gorbachov se anotó un triunfo político sin

precedentes al haber sido aceptado como interlocutor válido en una especie de minicumbre del "Grupo de los siete más uno". Pero era imprescindible la renuncia explícita al marxismo para levantar muchas de las barreras impuestas por occidente a la inversión y ayuda económica que con urgencia requiere la Unión Soviética.

Hoy, como nunca antes, se puede afirmar que el nuevo orden mundial pasa necesariamente por las coordenadas económicas, políticas, militares y también, ¡por qué no!, por la de los medios electrónicos de comunicación. Estos últimos se han convertido en un verdadero cuarto poder. Estas son las cuatro vertientes indiscutibles del nuevo orden que puntualmente se ponen de manifiesto después de la guerra del golfo Pérsico; si bien ésta, de manera coyuntural, puso el aspecto militar como el predominante y decisivo. Hoy se debe hablar del cuarto poder de que disponen los medios masivos electrónicos de comunicación y de propaganda que, por ejemplo en la guerra del golfo ya habían dado el triunfo a los expedicionarios, aún antes de conocerse los resultados bélicos, jugando un papel no menos importante que las cañoneras y los misiles *Patriot*.

Si la Unión Soviética quiere participar en ese nuevo orden debe conseguir la justa convergencia con esos factores de poder y disuasión. Es muy probable que sea reavivada la propuesta del neo plan Marshall para la Unión Soviética; con ello se da todo un viraje de carácter histórico y una cierta modificación en la correlación de fuerzas resultante de la posguerra. Los siete líderes del occidente más avanzado aparecen así como los vencedores indiscutibles de todo el período de la posguerra así como de la guerra fría. Ellos van a cosechar los frutos de la victoria, mientras que para el este quedará el amargo sabor del fracaso. Esta puede ser una *nueva lectura*, 46 años después de terminada la conflagración mundial.

El relanzamiento del neo plan Marshall que entonces posibilitó la recuperación económica de



Europa occidental, aparece ahora como una necesidad *sine qua non* para el nuevo ordenamiento y el mantenimiento de la propia estabilidad económica y social del llamado mundo libre. Así lo han entendido los líderes de los países más avanzados

del orbe y se lo han hecho saber a Gorbachov: sin la ayuda de occidente, los esfuerzos de la Unión Soviética para superar la crisis, simplemente, están condenados al fracaso. Esta ayuda, sin embargo, está condicionada no sólo al mayor protagonismo

de los institutos democráticos de la *perestroika* y la *glasnot*, sino también a la observancia plena de los "sagrados" principios de la propiedad privada y de la economía de mercado. Parece así, que hay poco campo de acción para el funcionamiento de la democracia dentro de un sistema de economía mixta y de formas alternativas de propiedad social, cooperativa y estatal, incluidas.

Un fantasma recorre Europa, el fantasma del neoliberalismo. Hoy en Europa se vive por doquier la experiencia del neoconservadurismo, y Europa oriental no es la excepción. Todo bulle en el Kremlin. Yeltsin estrenaba su sombrero tejano después del sonado triunfo electoral de marzo; Gorbachov se vistió de corte inglés y asistía junto con Raisa a la ópera de Londres a ver "La Cenicienta" (sin ironías). El Mickey Mouse flotando sobre la plaza roja... Mientras tanto, aparece el credo conservador para las nuevas democracias del este, que haría ruborizarse al mismísimo Reagan o a la Thatcher en su vocación liberal y desregulacionista: mientras ellos privatizaban al año apenas media docena de empresas, los liderazgos esteuropeos y soviético prometen que lo harán por decenas de miles. ¡Y vaya que lo están cumpliendo!

Panamá, Irak, Afganistán, Sri Lanka, Palestina, El Salvador... siguen padeciendo situaciones de guerra caliente y de nuevos hegemonismos imperiales que harían palidecer a los partidarios de la guerra fría. El credo conservador exige obediencia y disciplina al nuevo orden y a la democracia occidental, aún si ello implica el uso de la violencia.

Parece ser que el planteamiento de autocrítica y conversión-desaparición del Partido Comunista de la Unión Soviética debió haberse resuelto para finales de este año, de no haber sido por el golpe. En el vendaval de los dramáticos acontecimientos, para Gorbachov no será nada fácil mantener la apuesta por un socialismo democrático y anticapitalista, capaz de reivindicar la cohesión y la solidaridad, y de aunar economía de mercado, propiedad privada y libertad de iniciativa económica empresarial. Todo ello, junto con un sistema desarrollado de seguridad social, garantías laborales y la participación de los trabajadores en la vida de

las empresas. En suma, un socialismo cogestionario de rostro humano.

De cualquier manera que se analice, los días del Partido Comunista de la Unión Soviética estaban contados, aún sin el golpe. Iba a perder no sólo su nombre de Partido Comunista de la Unión Soviética, convirtiéndose presumiblemente a Partido Socialista de la Unión Soviética, conservando quizás el carácter socialista, como ha sido el itinerario invariable de los "peces" esteuropeos, sino también su contenido ideológico-doctrinario, en términos del abandono del marxismo-leninismo que le dio vida y sentido de acción, prácticamente durante todo este siglo, desde 1903, con la escisión entre mencheviques y bolcheviques. El proyecto de reforma del Partido, impulsado por Gorbachov, había sido aprobado por una absoluta mayoría de 412, contra 15. Hoy todo eso es historia.

En ese segundo pleno de julio, (que parece será el último de la historia) el Secretario General defendió la tesis de que "el modelo impuesto en el Partido y en la sociedad durante décadas ha sufrido una derrota estratégica. Debemos hacer frente a un cambio drástico de todos nuestros puntos de vista. No encontraríamos respuesta a nuestras preguntas trabajando con el viejo modelo". Además, señaló que socialismo y mercado no sólo no son incompatibles, sino que son "insustituibles" y que se complementan. La decisión supuso una gran victoria para Gorbachov, quien se ponía al frente del programa que podía convertir al Partido en una organización política socialdemócrata y de corte parlamentario. El 19 de agosto puso fin a esa utopía.

Se trataba, pues, de la visión de un socialismo de nuevo tipo, capaz de controlar democráticamente la propiedad privada o social sobre los medios de producción. Es un error, así, homologar stalinismo con socialismo. Como señala un autor, "un socialista consciente de la tradición marxiana y respetuoso con su memoria no puede admitir que el sueño de Marx o las críticas tempranas a la revolución rusa por Rosa Luxemburgo, o el marxismo socialdemócrata o el marxismo revolucionario de Trotski; o que las elaboraciones de los

austromarxistas no han existido en la historia del siglo XX, asegurando que el marxismo puro, auténtico, real, es el stalinismo, la dictadura del partido único, el totalitarismo, la negación de la libertad y de la subjetividad..."

9. Comunismo y marxismo: la utopía amenazada

La transición democrática se vio momentáneamente frustrada por el golpe involucionista. Ello dio nuevas fuerzas a los reformistas radicales. En este sentido, hay bastante similitud con la transición española y el golpe de Estado frustrado de 1982, y el de la Unión Soviética de 1991. Pero la transición soviética será mucho más lenta y complicada porque ahí, además de las autonomías y el cambio del régimen político-estatal, tienen que cambiar el sistema económico, el de propiedad y el de distribución.

Se puede decir que el comunismo en tanto origen del movimiento comunista internacional o el modelado por la Unión Soviética ha desaparecido, no tiene futuro. En cambio, se puede afirmar el muy posible acercamiento entre sí de comunistas y socialistas, del movimiento obrero con las tradiciones emancipatorias y humanistas. Es decir, se trata de un futuro "plural" y democrático de convivencia y colaboración entre socialistas y marxistas.

Como lo señala acertadamente un analista español, la sociedad que buscaba al hombre nuevo y el reino de la libertad busca hoy el consumo, la libertad y el bienestar. A la utopía sucede el afán de propiedad. Al comunismo no lo han destruido sus enemigos tradicionales. Lo han destruido sus propios dirigentes. Pero no hay que olvidar que el comunismo que hoy se encuentra acorralado por sus perversiones y errores, durante casi un siglo peleó para que el mundo fuera menos encadenado.

De hecho, el mayor anticomunista y antimarxista de la historia fue el propio Stalin, líder de la Unión Soviética desde la muerte de Lenin, ocurrida en 1924. Su poder absoluto se prolonga du-

rante tres largas y tortuosas décadas, hasta 1953, período suficiente para establecer su *impromtu* y rasgos definitorios. Este sistema, que imperó durante siete décadas, puede ser definido como *socialismo primitivo, estatal-autoritario* que, al final, va a ser caracterizado por el binomio de la escasez: escasez de libertades y escasez de satisfactores materiales. Se eclipsa la vigencia política, y sobre todo ideológica, del marxismo. "El marxismo se colapsa a través del socialismo real, en su vertiente conocida como marxismo-leninismo"³.

La transición poststalinista ha sido bastante difícil e inconclusa. Frenada por Brejnev hasta su muerte en 1982, en el *interim* de Andrópov y Chernenko apenas sí se pudo desarrollar una cruzada semipuritana de gestión. De hecho, el inicio de los verdaderos valores del comunismo o socialismo libertario comienza con la *perestroika* en 1985. Hoy en la Unión Soviética el problema ya no es tanto si se rechaza o no al comunismo, sino si se acepta el sistema capitalista. Y esta última idea, no sin lucha, es la que está prevaleciendo al adoptarse los mecanismos de mercado y de libre empresa en su forma más primitiva y brutal, el "capitalismo salvaje", comienza a escribir su historia en la Unión o Ex Unión Soviética. Atrapados en sus propias contradicciones de difícil solución, pareciera como si los soviéticos estuvieran tirando el agua sucia de la bañera, pero con el niño adentro.

La derecha comunista, los hombres de la *nomenklatura* esperaban inquietos que se produjera el golpe; pero les salió el tiro por la culata, pues ello condujo al Partido Comunista de la Unión Soviética a una situación de desprestigio irrecuperable frente a la sociedad y a su virtual disolución. Tanto la *nomenklatura* como buena parte de los dieciocho millones de burócratas objetivamente se colocaron en contra de las reformas, pues ello implicaba la pérdida de sus privilegios y de sus puestos de trabajo. Estos se convirtieron en una clase política sin otro proyecto histórico que la supervivencia como tal clase. Por ello era inviable todo

El credo conservador exige obediencia y disciplina al nuevo orden y a la democracia occidental, aún si ello implica el uso de la violencia.

ensayo de transición democrática —estatal o partidaria— desde el interior de las estructuras forjadas por el stalinismo, por el temor y la desconfianza mutuas. De ahí que los golpistas formaran parte del estado mayor del propio Gorbachov. A pesar de ello, no se debe confundir y meter en el mismo saco a los más de quince millones de militantes de base del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Las transformaciones democráticas del este europeo han aportado para los soviéticos valiosas experiencias cívico-contestatorias. Hoy la Meca de los comunistas duros se traslada de Moscú a Pekín y al lejano oriente. En Cuba persiste la obstinación, en buena medida, gracias al acoso estadounidense. Paradójicamente, el único país del este que en la actualidad registra un crecimiento económico del 9 por ciento es la República Popular China. Este país logró combinar el palo con la zanahoria sin romper los vínculos con occidente. En este contexto parece que tuviera razón el politólogo rumano Silviu Brucan al afirmar que la transición a la economía de mercado necesita de un régimen autoritario. Este era el modelo que buscaban los golpistas de Moscú.

10. Occidente frente a las reformas

La economía soviética se encuentra en caída libre, agravándose día con día. En el primer semestre de 1991, el Producto Interno Bruto cayó el 10 por ciento (similar al descenso del año anterior). Las exportaciones descendieron el 25 por ciento; las importaciones el 50 por ciento. La inflación reconocida alcanza el 50 por ciento. Déficit, fábricas paradas, severa caída de la producción y de la disciplina laboral, la deuda externa sobrepasa los 65 mil millones de dólares...

Los soviéticos aceptaron ya la economía de mercado, pero los occidentales exigen más, imponiéndole ritmos y modalidades del tránsito a la libre empresa, a su imagen y semejanza. Han comenzado a adquirir empresas y propiedades soviéticas a precios de ganga. Exigen más reformas antes de dar un centavo. Las cooperativas y las empresas mixtas no funcionan o funcionan mal. Obviamente que ante tal panorama, los golpistas pudieron encontrar un favorable campo de cultivo en su idea de orden y disciplina.

La liberación de los países del este y de la propia Unión Soviética plantea nuevas disyuntivas para occidente, que, sin duda, levantará muros y diques para frenar la enorme pleamar de 20 millones de refugiados, de seres humanos, provenientes de esos países y que se prevé emigrarán en los próximos años en busca de la "tierra de la gran promesa" y de la miseria libre de occidente. El capítulo del éxodo masivo de albaneses a los puertos de Italia no fue más que un botón de muestra de lo que puede ocurrir si occidente no ofrece ayuda pronta para las reformas económicas en esos países.

De países donde se había ofrecido el pleno empleo como la gran conquista revolucionaria, hoy los rumanos, polacos, albaneses o húngaros se ofrecen a occidente como mano de obra barata y en liquidación. Sirva de ejemplo los telefaxes enviados a empresas alemanas por el propio gobierno albanés con la siguiente oferta: "Trabajadores capaces de hacer diez o doce horas diarias, seis jornadas por semana, no reivindicativos, conformándose con salario mínimo y garantía de repatriación si no rinden a satisfacción de la empresa"⁶. Seguramente tal ofrecimiento resulta tentador para muchos patrones de países de la Comunidad Económica Europea, hartos de "excesivas conquistas sociales". Esta competencia será un verdadero peligro para los trabajadores de los países europeos de mayor desarrollo económico.

Cabe mucha responsabilidad a Estados Unidos y a Europa por su desconfianza, su falta de generosidad y su incomprensión; cuando la Unión Soviética recurrió a esos países en busca de apoyo para sacar adelante su maltrecha economía, privó el ideal capitalista, mezquino y ruin. En vísperas del golpe, los siete más ricos habían mandado a Gorbachov de regreso a casa con muchas promesas, pero con los bolsillos vacíos. España, de 150 mil millones de pesetas ofrecidas en crédito para transacciones de exportaciones españolas, en cinco meses sólo había "entregado" 3 mil millones.

Hoy, Estados Unidos y Europa, siendo Alemania la excepción hasta el mes de septiembre, todavía insisten en su necio planteamiento de "primero las reformas, después la ayuda". Más aún, buscan humillar a la Unión Soviética, imponiéndole con-

diciones de desarme unilateral, reducción de su presupuesto de defensa, y de crear una economía de mercado, antes de entregar la ayuda solicitada. Realmente, a occidente le han faltado sensibilidad política y caballerosidad, amén de generosidad, en el momento de ir en ayuda de un país que ha dado suficientes muestras de querer ser su aliado, como lo fue en la guerra del golfo.

En cambio, el protagonismo de occidente ha sido definitivo para la consumación de la independencia de los países bálticos. Tal prontitud no se ha visto en el caso de la ayuda económica. A la luz de los acontecimientos secesionistas en la Unión Soviética y en Yugoslavia, con toda seguridad se requerirá de un nuevo acuerdo de Helsinki. El anterior tratado de 1975 sobre la inmovilidad de las fronteras europeas actuales es ya obsoleto.

11. Epílogo

¿Qué deberá ser primero, la reforma económica o la reforma política? ¿Por dónde empezar? Ambas son inseparables y deben realizarse de manera simultánea. La experiencia muestra que en este sistema todas las reformas económicas anteriores habían fracasado por no ir acompañadas de reformas políticas paralelamente. El problema hoy es realizar las reformas económicas, del aparato productivo y distributivo, sin echar por la borda las conquistas fundamentales de equidad y justicia social.

Un círculo vicioso y contradictorio ha surgido, ¿cómo iniciar las reformas económicas a un nivel mínimo de efectividad si no se cuenta con la ayuda externa de manera simultánea? ¿Por dónde empezar? Tal es la disyuntiva que se le plantea a la nueva Unión Soviética de once repúblicas coaligadas en un Consejo de Estado, presidido ahora por Gorbachov, mejor conocido como "once más uno". En voz de Estados Unidos y Alemania, occidente no desea correr riesgos y ha declarado que no habrá ayuda, con excepción de la humanitaria, si previamente no se llevan a cabo las reformas económicas. De ahí el temor de que todo quede reducido a simples medidas de emergencia y de coyuntura, sobre todo en vísperas del riguroso invierno.

Hoy, la Unión Soviética está viviendo su segunda revolución política y social, de las conciencias... La demolición de los símbolos del poder soviético son cosas y hechos insólitos que una semana antes del golpe no podían ser imaginadas, inclusive por las mentes más afiebradas. El flujo de la ola secesionista está en su cresta. Los parlamentos de la mayoría de las repúblicas soviéticas están abandonando a la Unión Soviética casi de manera unilateral, como ya lo hicieron las bálticas. Estos son los momentos más dramáticos de la *perestroika*.

A Gorbachov le esperaba la ingrata tarea de organizar lo mejor y más ordenadamente posible esta retirada de la Unión; buscar los tiempos políticos adecuados y preparar un nuevo pacto que contemple una confederación de estados y repúblicas soberanas. De hecho, casi todas, con excepción de las bálticas, aceptan conformar una confederación de estados soberanos con espacio económico y defensa comunes. En última instancia, tal vez lo menos malo que pudiera ocurrir en un futuro próximo sea la formación de una confederación paneslava que incorpore a los pueblos de Rusia, Ucrania y Bielorusia. Estas tres repúblicas componen la mayoría *de todo* dentro de la Unión: la población y los recursos humanos; territorio, producción, recursos naturales, fuerzas armadas, recursos financieros y científicos, universidades, cultura, etc. etc.

Parece que el milagro se hizo. Apenas dieciséis días después de la intentona golpista, la revolución de agosto conquistaba su segunda medalla: lograr reinventar la Unión Soviética y establecer las líneas maestras para el nuevo período de transición hacia un "nuevo sistema de relaciones estatales, basado en la voluntad de las repúblicas y los intereses de los pueblos". El plan de Gorbachov fue aprobado por el parlamento soviético aceptando lo que muchos denominaron como el *golpe de Estado constitucional*, dado por los presidentes de once repúblicas y Gorbachov a la cabeza de la nueva Unión, encabezada por un Consejo de Estado.

A Gorbachov lo hemos visto resucitar tres días después y resistir la mayor crisis política que su

gobierno haya enfrentado. Se levanta de las cenizas cual ave Fénix. Sin él, la *perestroika* no hubiera nacido; sin Yeltsin el golpe hubiese sido exitoso. Este rescata a aquél; Gorbachov rescata a la democracia. Ambos expresan de una manera casi heroica la voluntad, las contradicciones y las esperanzas de un pueblo que está haciendo y escribiendo la historia con mayúsculas.

El marxismo en cuanto teoría de la transformación social atraviesa hoy por la peor crisis de su historia. La salida de ella sólo puede provenir de su seno mismo. El comunismo y el movimiento comunista internacional ya han cubierto una etapa histórica; es el fin de un ciclo. Enterremos a nuestros muertos en paz.

Madrid, septiembre de 1991.

Notas

1. Antonio Elorza, "La reforma imposible", *El País*,

22 de agosto de 1991, p. 12.

2. Un extracto del llamamiento de los golpistas señala que: "la crisis de poder ha tenido unos efectos catastróficos en la economía. El movimiento caótico hacia el mercado ha provocado una explosión de egoísmos regionales y departamentales (...) la guerra de las leyes y el estímulo a tendencias centrífugas. Jamás la propaganda del sexo y la violencia ha alcanzado tales niveles en el país, amenazando la moral y la existencia de las generaciones futuras... Queremos restaurar de inmediato la ley y el orden, poner fin al derramamiento de sangre... limpiaremos las calles. Todas nuestras fuerzas serán consagradas a que el pueblo tenga cubiertas sus necesidades esenciales. No permitiremos que nadie atente contra nuestra soberanía, independencia e integridad territorial. Toda tentativa de influir en el desarrollo del país, venga de donde venga, será aniquilada".
3. *El País*, 30 de agosto de 1991, p. 2.
4. Antonio García Santesmases, "Juicio al socialismo", *Periódico El Independiente* (Madrid), 28 de julio 1991, p. 44.
5. Juan Nuño, "La gran desilusión: el eclipse del marxismo", *Revista Leviatán*, 42 (invierno de 1991) 93.